

ENTRE LAS EXIGENCIAS DISCIPLINARES Y LAS EXIGENCIAS LABORALES. DIÁLOGOS, LÍMITES E IDENTIDAD PROFESIONAL EN LA FORMACIÓN DE ANTROPÓLOGOS Y ANTROPÓLOGAS EN ESPAÑA

Pepi Soto Marata

Institut Català d'Antropologia

Universitat Autònoma de Barcelona

pepi.soto@uab.cat

Carlos Giménez Romero

Instituto Madrileño de Antropología

Universidad Autónoma de Madrid

carlos.gimenez@uam.es

Carmen Díez Mintegui

ANKULEGI, Asociación Vasca de Antropología

Universidad del País Vasco

c.diez@ehu.es

1. Primer punto de partida: manos enfangadas

El camino recorrido por la Antropología española desde los años setenta ha dado sus frutos. Casi cincuenta años después, España cuenta con un buen acervo de antropólogos y antropólogas entre sus profesionales en activo. En su mayoría son personas formadas como tales a lo largo de los dos años de la licenciatura en Antropología Social a la que accedían con formaciones previas de distinta índole, ya fueran diplomaturas, primeros

ciclos o licenciaturas universitarias. Muchas de esas personas ya eran profesionales especializados cuando cursaban su licenciatura en Antropología Social. Durante años, la incorporación de antropólogos y antropólogas al mercado de trabajo se ha producido en buena medida gracias a otros saberes específicos, priorizados en términos generales al saber antropológico a la hora de encontrar trabajo y de formar parte de ámbitos profesionales de lo más diverso. Ello ha permitido disponer de un mosaico plural de profesionalización documentado en el *Informe de la ocupación laboral de los titulados en Antropología de España y otros países*, elaborado por la Subcomisión de Perfiles Profesionales de la Comisión de Profesionalización de la Antropología en julio de 2008. En las conclusiones del informe se hace referencia a la división de los ámbitos ocupacionales de la Antropología en tres categorías: ocupaciones consolidadas, ocupaciones emergentes y ocupaciones potenciales, aunque constata que un porcentaje muy alto de personas no se presentan como antropólogos o antropólogas en ninguna ocasión. Según el mismo informe, los puntos fuertes del profesional de la Antropología parece que están bien definidos —capacidad para el trabajo en contextos interculturales, aportación de una perspectiva crítica y comprometida y capacidad para el trabajo en equipos multidisciplinares—, pero la disciplina sigue siendo mal conocida a nivel social. Ese bagaje con el que contamos, al que mayoritariamente no se accedió desde la formación antropológica, sigue manteniéndose oculto, expresa de algún modo aún la invisibilidad del saber antropológico, dificulta la emergencia de su centralidad en los procesos de análisis crítico sobre el mundo actual e impone ciertos inconvenientes al establecimiento de referentes claros para la identificación profesional de los futuros antropólogos y antropólogas con su oficio.

En el curso 2009-2010 el grado en Antropología Social y Cultural entró en escena. La implementación de una formación inicial de cuatro cursos académicos en el nuevo marco de confluencia europea expresaba con claridad la voluntad de la Antropología española de construir y establecer su lugar en el mundo laboral desde la formación inicial. El informe de la CPA de julio de 2008 contemplaba el consenso generalizado en la necesidad de dar más énfasis a la Antropología aplicada y a los temas relacionados con la sociedad actual de la Antropología en general y en la necesidad de poner en marcha prácticas en empresas e instituciones. Se esperaba que la mayor duración de los estudios potenciara las técnicas, las prácticas profesionales y, en general, la colaboración con instituciones externas a la universidad. Las prácticas profesionales de los planes de estudio del grado

son un indicio inequívoco de la apertura de la Antropología académica hacia el mundo del empleo, aunque no sean el único. En septiembre de 2014, cuando el XIII Congreso de la FAAEE se lleve a cabo bajo el lema «Periferias, fronteras y diálogos», habrá en España un par de centenares de graduadas y graduados en Antropología Social en condiciones de afrontar la consecución de su interés profesional, más allá de lo imaginado, ahora en la vida cotidiana y real del ganarse la vida. Ellos y ellas, y las promociones que les seguirán, aspirarán a trabajar como profesionales de la Antropología. Para eso han estudiado.

Definir la centralidad que puede llegar a tener el oficio de antropólogo y antropóloga no va a ser tarea fácil. En tiempos de desasosiego, mantener un rumbo firme hacia la consolidación del desarrollo profesional de la Antropología y su inserción plena en el mercado laboral va a exigir, exige, vigilancia, acompañamiento, amparo y cuidado, como si de un cachorro humano se tratara. Todo ello conlleva complejos procesos de negociación y diálogo en la academia, entre la academia y el mundo más allá de la academia; entre saberes, voluntades, expectativas, esperanzas, prestigios e intereses. Los procesos de diálogo entre las necesidades de formación de los futuros antropólogos y antropólogas y las exigencias de la disciplina antropológica, y entre estas y los intereses, necesidades y exigencias de las múltiples entidades, empresas, organizaciones e instituciones que componen el mosaico laboral, son, por lo menos, una de las claves para labrar esos caminos.

Por una parte, el mundo de afuera sabe lo que necesita para seguir adelante. Las entidades, empresas u organizaciones con las que se entra en relación para iniciar el camino del ejercicio profesional de la Antropología a través de las prácticas profesionales muestran sus situaciones, expresan sus exigencias, sus intereses, sus dudas y sus disponibilidades hacia la incorporación de un antropólogo o antropóloga en formación. Por otra parte, los estudiantes de grado y de posgrado que llevan a cabo sus prácticas profesionales se preguntan qué sabrán hacer con lo aprendido cuando se hallen en situaciones reales, si serán capaces de generar confluencias entre su saber y su sentir y lo que de ellos pueda esperar una entidad, o si la exigencia ética de la profesión significará un impedimento para ejercerla en el mundo que les ha tocado vivir y trabajar. También los académicos y académicas nos preguntamos cómo habrá que ir redefiniendo la relación con nuestra propia disciplina, con los saberes y su aplicación, con el mundo de las empresas y las oportunidades laborales para que la Antropología no se mantenga en los márgenes.

El simposio propone enfocar poliédricamente la actual situación de la formación en Antropología Social en España, particularmente en relación con la práctica profesional. Propone contemplar las voces de sus protagonistas, docentes, estudiantes y profesionales, así como las voces de las muchas realidades laborales que están comenzando a colaborar con la academia en la profesionalización de los futuros antropólogos y antropólogas y que son parte imprescindible en sus procesos de incorporación social. Conocer qué se está llevando a cabo, en qué ámbitos, cómo y por parte de quién. Profundizar en los entresijos de la colaboración con los demás con el objetivo de formar buenos profesionales de la Antropología, una Antropología que debe adaptarse, también, a las exigencias del mercado aunque sin renunciar a ser reconocida con legitimidad para existir y desempeñarse como tal. Establecer puentes y diálogos implica una perspectiva, un proceder y un horizonte hacia el que referirse. Esmerarse en ello es imprescindible para ejercer el oficio con la dignidad que se merece, con el rigor y la calidad que nos debemos exigir en las dimensiones teórica, metodológica y técnica, para propiciar la plena incorporación laboral de nuestros jóvenes estudiantes y para, entre todos y todas, procurar un mundo algo mejor.

En tamaño empresa, contamos con los aportes del bagaje profesional de muchas personas activas en el ejercicio de la Antropología. De su mano, también, aspiramos a ir dibujando con mayor precisión, con calma pero sin pausa, esos diálogos, esos límites si los hay, esa identidad.

2. Diálogos imprescindibles: perdiendo pureza

Las comunicaciones recibidas para formar parte del simposio entablan esos diálogos imprescindibles, muestran trayectos, ofrecen reflexiones, comparten sus experiencias y sus saberes y, por lo tanto, permiten comprender algo más de la realidad compleja a la que nos estamos refiriendo. Realidad que vamos construyendo conjuntamente, también en el marco del XIII Congreso de Antropología de la FAAEE.

Tanto para su presentación y debate en el Congreso como para su publicación, nos ha parecido adecuado organizar su sentido teniendo en cuenta el propio proceso de encuentro de la disciplina con los universos laborales, es decir, primero a través de sus profesionales

y luego, bastante más tarde pero posible al fin, a través de la organización, en la formación de grados y posgrados en Antropología Social y Cultural, de las prácticas profesionalizadoras.

Así, contamos con dos grupos de aportaciones y con un puente entre ellos. El primer grupo cuenta con desarrollos y reflexiones que ofrecen distintos profesionales en el terreno, el segundo grupo presenta propuestas y experiencias relacionadas con la formación de estudiantes y, por último, entre ambos, el puente: una relevante aportación anclada en la experiencia profesional en el terreno que contempla y sintetiza aspectos nucleares para la formación profesionalizadora de estudiantes de grado y posgrado y expresa claramente la tensión entre las exigencias disciplinares y las exigencias laborales. Aunque no es la única aportación en este sentido, sí permite una clara traducción de sus reflexiones en contenidos formativos, y desde esta perspectiva se manifiesta, en sí misma, como diálogo que reconoce límites y propone identidad profesional.

2.1 Profesionales de la Antropología en el terreno

En el grupo de las aportaciones de profesionales en el terreno, cabe destacar la centralidad de los esfuerzos reflexivos que sus respectivas experiencias les han exigido desde ámbitos tan relevantes como la salud y las acciones humanitarias en situaciones de emergencia, la educación para el desarrollo y la cooperación de la mano del trabajo en red, la gestión cultural y el turismo o los servicios educativos para la atención a la diversidad en contextos escolares y la colaboración con equipos pluridisciplinarios. Profesionales que desarrollan o han desarrollado su labor tanto en entidades e instituciones de carácter público como privado y en proyectos de naturaleza y alcance bien distintos.

Montserrat García, doctoranda de la Universitat Autònoma de Barcelona, pedagoga y antropóloga, forma parte de los equipos de la Generalitat de Catalunya que asesoran en temas de diversidad cultural a todos los centros educativos, realidad profesional en la que tiene una dilatada trayectoria. García aporta, desde su experiencia personal, el valor que supone la Antropología en su manera de trabajar y observar la realidad en el marco de los servicios educativos y del trabajo en equipos pluridisciplinarios. Su formación de antropóloga le ha aportado elementos de reflexión sobre su práctica profesional y sobre

ella misma y le ha ayudado a comprender a las personas con las que trabaja, ya sean alumnos y alumnas, familias u otras profesionales de la educación en lo que ella denomina «contextos pedagógicos». Precisa algunas de las aportaciones técnicas y metodológicas específicas de la Antropología y su repercusión en el desarrollo de su trabajo cotidiano. Destaca la posibilidad de no fragmentar la teoría y la práctica profesional, así como sus consecuencias concretas en el diseño y el ejercicio de intervenciones educativas. Sus aportaciones ofrecen la posibilidad de adaptar su experiencia a los nuevos perfiles profesionales y al trabajo en equipo y son susceptibles de pensarse en términos de contenidos formativos.

Olga Díez, del Instituto Universitario de Migraciones, Etnicidad y Desarrollo Social (IMEDES), doctoranda de la Universidad Autónoma de Madrid, historiadora especializada en Gestión y Turismo Cultural, ha colaborado en proyectos de turismo local y de salud en América Latina y el Caribe y en la Comunidad de Madrid. Díez expresa cómo la Antropología ha modificado su profesionalización y expone su trayectoria personal reflexivamente, desde sus primeras colaboraciones hasta la actualidad. Para ella el proceso de antropologización vivido le ha permitido modificar su perspectiva sobre las propuestas de transformación social en las que ha participado, al tiempo que la ha ayudado a mantener la vigilancia epistemológica sobre su subjetividad. Propone aprovechar las brechas que los tiempos actuales de crisis generan para que los antropólogos y antropólogas ocupen posiciones que permitan desanclarse de los márgenes en los que se encuentra la disciplina, tanto fuera como dentro de la academia. Exige una formación profesionalizadora en los estudios universitarios de Antropología que permita a los graduados y graduadas comprender los entresijos del mundo laboral al que deberán hacer frente, aunque ello implique que la distancia y el extrañamiento característicos de la perspectiva antropológica deban ser revisados.

Por su parte, Alfonso Antona, de Madrid Salud y la Sociedad Española de Medicina Humanitaria (SEMHU), nos encara a la cuestión capital del ejercicio profesional como antropólogo ante las respuestas urgentes que exigen las situaciones de emergencia a las que hace frente la Acción Humanitaria en Salud. Deja expuesta la contradicción —al menos aparente— entre las exigencias de la etnografía, la inmediatez de la acción humanitaria y sus énfasis clínicos. Fruto de su experiencia sobre terrenos tan diversos como Haití, Guinea Ecuatorial, El Salvador o la República Dominicana, plantea la

relevancia del ejercicio profesional de la Antropología si lo que se persigue es que las intervenciones humanitarias sean eficaces y no reciban el rechazo de la población local. Suscribe los Rapid Assessment Process (RAP) como etnografía rápida y defiende su conveniencia en esos contextos, puesto que aunque no pueda sustituir a la etnografía tradicional, sus aportaciones pueden ser la clave para mejorar la eficacia de la acción humanitaria que se esté llevando a cabo. En este sentido, ofrece una propuesta de aspectos culturales que considera necesarios para mejorar esa eficacia y para organizar una capacitación antropológica que, por otra parte, defiende como imprescindible. Sus aportaciones expresan la posibilidad de confluir a pesar de las exigencias disciplinares y de las exigencias sobre el terreno, reivindica la figura del profesional ‘híbrido’ gracias al cual la Antropología ha ido abriéndose camino en distintos campos y deja abiertos aspectos clave para la reflexión epistemológica.

La propuesta de Miryam Navarro, doctoranda de la Universitat Autònoma de Barcelona, antropóloga con experiencia profesional y de trabajo de campo en el mundo educativo, en particular en proyectos de educación para el desarrollo, se centra en la comprensión de la complejidad que acompaña los procesos de colaboración e intercambio entre todos los actores implicados en esos proyectos, en sus posibilidades de entendimiento y en la distancia entre lo que se pretende y lo que se resuelve. Sus aportaciones en relación con el trabajo en equipo y en red entre distintas entidades, ONG, escuelas, administraciones y personas procedentes de disciplinas y campos de índole muy diversa se ensartan, expresan y profundizan en su experiencia profesional como coordinadora, en Cataluña, de la red educativa especializada en cooperación internacional y solidaridad Red de Escuelas Comprometidas con el Mundo. Ese contexto le permitió ser observadora privilegiada de un universo de relaciones y significaciones al que ha ido imprimiendo su sello particular y que ha podido analizar en tanto que etnógrafa, con todos los matices, sesgos y consideraciones que esa doble circunstancia le ha ido exigiendo y ofreciendo al mismo tiempo. Enfatiza la centralidad de desenmascarar las omisiones y tergiversaciones de conceptualizaciones clave como la pobreza, la desigualdad o el desarrollo, y la imposibilidad de negar los efectos de procesos invisibles, es decir, de documentar lo que sí ocurre aunque no se sepa cómo ocurre. En este sentido, propone la confluencia clara entre comunicación, educación y Antropología, precisándola en situaciones y casos que ponen de manifiesto las dificultades de entendimiento entre mundos con lógicas propias, pero que al mismo tiempo cuestionan su supuesta incompatibilidad e inviabilidad. Como

las otras aportaciones, en esta se esgrime con detalle buena parte del potencial de la Antropología una vez puesta en el terreno, ante la interpelación de la realidad, y expresa con claridad sus posibilidades expertas, su identidad.

Finalmente, en el ámbito de los profesionales en el terreno pero a medio camino con el segundo grupo de aportaciones, el del ámbito de la formación de antropólogos y antropólogas mediante la incorporación de prácticas profesionalizadoras, contamos con las reflexiones y consideraciones de Téllez, que apuntan directamente a la relevancia de definir y defender la singularidad de la Antropología en el mundo laboral, para que las entidades con las que se colabora puedan comprenderla, pero también para que pueda tenerse en cuenta a la hora de formar a las futuras generaciones de antropólogas y antropólogos. Por eso la hemos considerado una aportación «puente» entre profesionales en ejercicio y profesionales en formación.

Virtudes Téllez, antropóloga del Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit-CSIC), elabora su argumentación a partir de su participación en una investigación sobre patrimonio en la que se ha incorporado como profesional a un equipo pluridisciplinar. Equipo que suscribe los estereotipos sobre el quehacer y el saber antropológico y que vendría a representar el sentir y el pensar más generalizado sobre aquello que es la Antropología, sobre lo que puede esperarse de una profesional de la disciplina, sobre la validez de sus métodos y de sus datos o sobre la fiabilidad, la objetividad u otras cuestiones fundamentales del debate disciplinar. Téllez expresa con maestría cómo esas conceptualizaciones sesgadas e ignorantes emergen en la relación laboral cotidiana, cómo las sospechas planean sobre nuestras cabezas y se muestran sin tapujos a través de fórmulas sofisticadas de comunicación, en un saludo, en una broma. Téllez aborda estas cuestiones a la luz de la conceptualización social de la identidad antropológica y plantea algunos de los entresijos de la colaboración profesional. Al mismo tiempo, defiende la necesidad de un proceso de comunicación que facilite la comprensión de la disciplina por parte de las instituciones que financian y, por lo tanto, componen los equipos de trabajo y/o de investigación. Justo lo que los jóvenes estudiantes de grados y posgrados en Antropología Social necesitan comprender también: quiénes son o en quiénes se convertirán —profesionalmente hablando— una vez terminen sus estudios.

Así, el primer elenco de contribuciones al simposio (García, Díez, Antona, Navarro y Téllez) se asienta en el caminar profesional, en los procesos reflexivos que lo acompañan, en la capacidad de diálogo y entendimiento, en la habilidad para distinguir qué hacer comprendiendo el contexto en el que nos insertamos y los matices y las certezas que trazan su posibilidad. Esas realidades enfrentan al profesional de la Antropología y le exigen afianzamiento, deliberación y estrategia. Y con ello reflexiones epistemológicas clave para el futuro de la disciplina y para su consolidación social y laboral.

2.2 La formación de profesionales de la Antropología

El segundo grupo de contribuciones que constituyen las aportaciones al simposio (Gómez, Gaibar y Tarragona, Bullen y Urquijo, y Soto) da cuenta de los planteamientos y desarrollos que nutren la formación profesionalizadora de las nuevas cohortes de antropólogos y antropólogas. En buena medida, el primer grupo de aportaciones al simposio incluye muchos de los aspectos que conforman la definición de la troncalidad técnico-metodológica en la formación de grado en Antropología Social y Cultural en España, puesto que ofrece análisis substantivos sobre ámbitos tan fundamentales en la definición de la disciplina como el tiempo, el espacio y la relación en los procesos de obtención y elaboración de datos a partir del trabajo de campo etnográfico, en profundidad, la contextualización de esos mismos datos o la elaboración de análisis sistemáticos que permitan dar cuenta de recurrencias y de ausencias, cualitativamente elaboradas. En todo caso, no se piensan ni se reflexionan los mismos ámbitos fundamentales para la definición de la disciplina desde posiciones parejas sino múltiples y encontradas, desde experiencias a veces contradictorias y otras veces complementarias. Algo se está moviendo ahí afuera hace ya algún tiempo.

En un sentido parecido, las contribuciones relativas a la formación de profesionales de la Antropología que componen este segundo grupo de aportaciones al simposio se refieren a tiempos, espacios y relaciones, a elaboración conceptual y empírica, pero en esta ocasión fruto de la experiencia de campo relativa a la propuesta de contenidos de formación orientados a la profesionalización en Antropología y a la experiencia de su puesta en marcha. En este sentido, contamos con las experiencias formativas del prácticum de los grados en Antropología Social y Cultural de la Universidad del País

Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea y de la Universitat Autònoma de Barcelona, y del máster en Antropología de Orientación Pública (MAOP) de la Universidad Autónoma de Madrid. En los tres casos las aportaciones se realizan desde la voz de la academia considerando, al mismo tiempo, las perspectivas de estudiantes y entidades colaboradoras. Cabe destacar la contribución del Ayuntamiento de Terrassa, una de las entidades colaboradoras con las prácticas del grado de la Universitat Autònoma de Barcelona.

Paloma Gómez, coordinadora del itinerario profesionalizador del MAOP que se imparte en la Universidad Autónoma de Madrid desde el curso 2008-2009, expone con detalle la evolución de la propuesta formativa y sus distintas reestructuraciones, tomando en consideración la variedad de intereses del alumnado de máster así como la importancia de establecer parámetros claros para la consecución de sus objetivos profesionalizadores, a través de experiencias reales en entidades y proyectos fuera de la academia. En este sentido, destaca el proyecto de innovación docente planteado para la incorporación de prácticas profesionales en el máster, que comenzó en el curso 2012-2013 con la creación de una base de datos sobre experiencias y proyectos llevados a cabo por profesionales de la Antropología y que sigue ampliándose en la actualidad. Esta base de datos se plantea como punto de partida para entablar reflexiones de fondo sobre cuestiones clave en la formación de máster, que Paloma Gómez desarrolla detalladamente. De algún modo, al plantear los retos a los que hay que hacer frente para ofrecer a los estudiantes una capacitación profesional articulada con el mundo más allá de la academia, Gómez propicia el encuentro entre intereses contrapuestos, ofrece claves para seguir caminando sin renunciar a lo necesario, promoviendo el cambio estructural y normativo de la organización académica y enfocando decididamente el paso hacia el futuro, flexible y sin titubear.

Complementariamente a la perspectiva desde la experiencia académica, la contribución de Vanessa Gaibar y María Jesús Tarragona, del equipo profesional de la Regidoria de Polítiques de Gènere del Ayuntamiento de Terrassa, aporta el análisis de su colaboración en la formación de futuros profesionales de la Antropología. Entidad colaboradora con el grado de Antropología Social y Cultural de la Universitat Autònoma de Barcelona, da cuenta del proyecto que se organizó expresamente para acoger a una persona en prácticas en el curso 2012-2013, al que se ha dado continuidad durante el curso 2013-2014, referido al tema de los micromachismos entre jóvenes de los institutos de educación secundaria

de la ciudad de Terrassa. Plantea el tipo de proyecto, sus objetivos, desarrollo, toma de datos y algunos de los resultados. Al mismo tiempo, ofrece su perspectiva a la incorporación de estudiantes en prácticas de grado a su equipo pluridisciplinar, el reto que ha supuesto, la importancia de contar con un perfil de Antropología en todas las fases del proyecto o las dificultades con las que se han podido encontrar y que se han ido resolviendo. Es necesario considerar de cerca las dificultades que puede entrañar la colaboración de una entidad, en este caso Administración pública, en la formación de prácticas con perfiles de Antropología. No hay tradición, no hay espacio previsto, no hay tiempo en las agendas. Y la colaboración exige compromiso a la entidad, seguimiento, formación, informes y evaluación. En este caso el diseño del proyecto al que se vinculan los estudiantes es una cuestión clave para tornar posible el seguir colaborando. No puede hacerse desde la indefinición o la ambigüedad. La contribución de Gaibar y Tarragona lo pone claramente de manifiesto.

Para terminar este segundo grupo de contribuciones, contamos con las experiencias de prácticum de los grados de la UPV-EHU y de la UAB. De la mano de Margaret Bullen y Miren Urquijo en el primer caso y de Pepi Soto en el segundo, nos podemos acercar a los procesos de diseño, puesta en marcha y valoración de la formación profesionalizadora de grado. Ambos aportes se refieren a la propuesta y a la experiencia desde la voz de la academia, abordan los desafíos del diálogo múltiple a la hora de concretar esta formación, el tener en cuenta las necesidades y los intereses de los estudiantes, las posibilidades y los intereses de las entidades, la exigencia de la estructura formativa o los límites de la planificación y la burocracia de los departamentos universitarios. En este sentido, promover el trabajo coordinado, la explicitación de preferencias o el análisis reflexivo con las partes implicadas se revela como fundamental. Ambas contribuciones aportan el detalle de una opinión, de una conversación o de una situación inesperada, profundizan en el análisis de lo que se está haciendo y cómo se está llevando a cabo, ofrecen la posibilidad de imaginar los trayectos, las vicisitudes, los procesos de toma de conciencia de todos y todas los que, en este empeño, constituyen el grupo de los aprendices: estudiantes, entidades colaboradoras, tutoras y tutores académicos, personas en formación. Pero el reto al que nos enfrentamos está más dibujado que nunca, cuenta con esa enjundia necesaria para hacer frente a lo que haga falta. Y cuenta, especialmente, con la esperanza decidida de los antropólogos y antropólogas que han vivido, pensado y

sentido la posibilidad de la profesionalización gracias a la experiencia de las prácticas. Aún son pocos pero están ahí, y nos miran.

3. Segundo punto de partida: ganando humanidad

El acervo de contribuciones al simposio pone de manifiesto que hay mucho andado pero que aún hay mucho más por andar, puesto que los retos planteados y encarados al futuro son parte de todas y cada una de las aportaciones con las que se ha contado. Aprender de los bagajes y experiencias disponibles es imprescindible tanto para anclar adecuadamente algunos referentes estables como para propiciar y acompañar el análisis crítico y transformar y reorientar algunos de sus fundamentos. Ello exige sistematizar y compartir el conocimiento, construir conjuntamente procesos, estrategias, posibilidades reales de incorporación profesional. Implica perder pureza y ganar humanidad.¹ Todas las contribuciones al simposio están orientadas en este sentido.

Y en ese horizonte podría ser que la batalla más importante que haya que librar radique en las mismas entrañas académicas. Hasta que no se acepte la relevancia y equivalencia del saber aplicado en Antropología Social —que no agota la profesionalización pero se confunde con ella—, no vamos a disponer de un apoyo sólido, claro, estable y más coherente, ni desde la academia ni desde las entidades, empresas, instituciones, administraciones o asociaciones que puedan plantearse la posibilidad de que un antropólogo o una antropóloga pueda incorporarse a sus equipos profesionales, porque lo conceptualicen como imprescindible y necesario. Ese trayecto hacia adelante requiere definir con decisión y arrojo quiénes somos y para qué servimos exactamente, y decirlo. Sabiendo, como sabemos, que los esencialismos y las simplificaciones están reñidos con nuestra disciplina, vengan de donde vengan. Llevarlo a la práctica no será fácil, pero ahí estamos, sin duda. Con las manos enfangadas, perdiendo pureza, ganando humanidad.

¹ Teresa San Román (1996: 119) se refiere a quien carece de ambigüedad

Bibliografía

Informe de la ocupación laboral de los titulados en Antropología de España y otros países. (2008). Subcomisión de Perfiles Profesionales de la Comisión de Profesionalización de la Antropología. Edición digital.

San Román, T. (1996). *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía.* Bellaterra-Madrid: Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona-Tecnos.